

## Sólo un comentario

# Los alemanes y las gafas

Sobre la inconveniencia de ver más de lo que debemos ver



ROSA SALA ROSE

Una peculiaridad poco conocida de los alemanes es la aversión que éstos sintieron antaño por las gafas. Mientras en España, en tiempos de Quevedo, las empleábamos incluso sin necesitarlas, supuestamente porque nos proporcionaban un aspecto distinguido, en Alemania las consideraban una manifestación de petulancia, una prueba de filisteísmo, un objeto inmoral o un instrumento peligroso. Cuando el joven escritor **Gustav Freytag** empezó a darse cuenta de su miopía, su padre le recomendó que evitara en lo posible el uso de las gafas, convencido de que malograrían su vista por completo y lo abocarían a una inexorable dependencia, una opinión que también **Leibniz** había defendido. En la Corte de Dresde estaba prohibido llevarlas, **Goethe** se negaba a mantener una conversación con alguien que las tuviera puestas, y **E. T. A. Hoffmann** las utilizó como símbolo de lo siniestro en varios de sus cuentos, entre ellos, el célebre **El hombre de arena**. No deja de ser curioso que, desde **Homero**, la ceguera absoluta siempre haya contado con la admiración de los literatos, mientras que los pobres miopes fueron objeto de escarnio precisamente por negarse, gracias a las gafas, a tantear en la oscuridad. Tanto más cuanto que sus mayores detractores, los escritores, eran sus usuarios potenciales por la misma naturaleza de su oficio.

Curiosamente, los alemanes no criticaban este instrumento por motivos estéticos, como sucedía hasta hace poco con los «cuatro ojos» en los patios de colegio, sino por extrañas razones metafísicas. Según el escritor romántico **Achim von Arnim**, «lo que más confianza inspira de una persona son sus ojos y es desesperante que la debilidad de la naturaleza haga necesario interponer el brillo duro y frío del cristal entre dos personas amadas». Para Goethe, uno de sus mayores detractores,

las gafas eran una máscara: pocas acusaciones podía haber más terribles para los protestantes alemanes, que siempre habían visto con inquietud el desenfreno del carnaval católico y nada les generaba mayor suspicacia que un enmascarado. Toda simulación, aunque fuera en provecho de la cortesía, siempre se les antojó cosa de afrancesados. El buen alemán, ya se sabe, es sincero y honesto, por lo que las gafas constituían un instrumento a evitar.

Por si esto fuera poco, el portador de gafas tenía la desfachatez de verlo todo mejor, de modo que no solamente podía escudriñar a su interlocutor, sino que la naturaleza entera se le ofrecía con precisión desmitificadora. De ahí que a **Achim von Arnim** las gafas le parecieran «la más terrible prisión, desde la que el mundo entero se nos presenta transformado». Y Goethe decía que con las gafas «vemos más de lo que deberíamos ver» (lo que me recuerda a una amiga miope que se negaba a llevar gafas a fin de vivir en la ilusión de que no envejecía). En definitiva, quien tuviera el comprensible empeño de ver bien a todas horas pasaba a ser un aguafiestas vacunado contra todo idealismo. Las gafas son el adnifculo natural del cínico, y las caricaturas de la República de Weimar siempre presentaban con ellas a los periodistas y a los críticos.

Goethe llegó al extremo de acusar a los pobres gafas de los desmanes de su tiempo: «No lograremos desterrar de este mundo a esos dichosos cristales, como tampoco a ninguna máquina, pero al estuudio los resultará importante averiguar por qué vía se han colado en la humanidad algunas de las cosas de las que ahora nos lamentamos. Así, estoy convencido de que la costumbre de llevar gafas es una de las principales causas de la arrogancia de nuestra juventud». Me temo que, con la que está cayendo, nuestra juventud de hoy ya no es arrogante. Claro que entretanto se han inventado las lentes de contacto y la cirugía refractiva...



James McClure en Gijón, en la «Semana negra» de 2005.



### La canción del perro

James McClure  
398 páginas  
Reino de Cordelia, 2012

su color a muerto y el olor a putrefacción. Allí, nuestro protagonista conocerá a la viuda Fourie, que le acompañará en el resto de novelas, una mujer que semeja al embriagador licor de melocotón, que había alcanzado la perfección al madurar. La investigación se complica cuando al indagar en

el lugar del crimen y buscar lo que no se encontraba en su sitio resulta que nada lo está.

Escrita en 1991, **La canción del perro** es la última de la serie, pero en realidad es la primera. Pues en ella James McClure traza todos sus personajes y nos muestra cómo se conocieron. Por ella veremos pasear a un bantú, de la etnia xhosa, de nombre **Nelson Mandela**. Nos mostrará el Estado Libre de Orange fundado por los bóers en el siglo XIX. Un mundo cruel, en el que la magia negra de los brujos y adivinos aún marca el destino de los seres humanos, mientras dos búhos ululan, uno agudo y otro grave.

### La residencia de estudiantes

Yoko Ogawa  
Traducción de Héctor Jiménez Ferrer  
Funambulista  
110 páginas. 15,60 euros

## Cuando la angustia crece con el trazo más delicado

La vida aletargada de la protagonista de esta magnífica novela corta despierta una tarde de incipiente primavera con la llamada de un primo al que no ve desde hace años. El niño ha crecido. Va a ir a la Universidad y quiere alojarse en la misma residencia en la que ella lo hizo durante sus estudios.

Con el delicado trazo del que sólo los buenos narradores y calígrafos nipones conocen el secreto, **Yoko Ogawa** (1962) logra que este arranque cotidiano se vaya envolviendo en una densa atmósfera que se entretejerá con las aprensiones del lector hasta alcanzar un clima de angustia digno de los mejores escalofríos.

Yoko Ogawa, de quien **Funambulista**



**nambulista** ya ha publicado cuatro volúmenes, es una de las escritoras japonesas más respetadas por la crítica y, además –milagro de milagros que tan poco conocemos por estos lares–, cada una de sus obras se ha convertido en best-seller.

### Antes y después

Paul Gauguin  
Seguido de **Gauguin, la larga huida de Manuel Vázquez Montalbán**  
Nortesur. 256 páginas. 18 euros

## Torbellino de ideas del hombre que liberó al color

«Esto no es un libro», afirma **Gauguin** (1848-1903) en la primera línea de este sancta-sanctorum de su memoria y su pensamiento artístico que es **Antes y después**, para muchos su obra escrita más importante. Tras esta advertencia, el pintor –que liberó al color de sus últimos lazos con el modelo para vincularlo a la subjetivi-

dad y, de paso, abrió la puerta a los gloriosos experimentos vanguardistas de la primera década del siglo XX–, el pintor, digo, se deja ir. Culebrea por Arlés y por Tahití, se mide con los fantasmas de los amigos –lejanos ya desde su voluntario exilio polinesio–, especula sobre su propia obra y sobre la de otros pintores y escritores.



Gauguin, siempre mágico y excesivo, lo es también en este torbellino de palabras que se abre al lector como un túnel hasta el interior de su mente. Una lúcida reflexión de **Montalbán** completa y engrandece un volumen magno.